

Encíclica del Papa Pío XII sobre las Falsas Doctrinas Modernas

A nuestros venerables hermanos, Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica, sobre las falsas opiniones que amenazan con debilitar los fundamentos de la doctrina católica.

Venerables Hermanos, Salud y Bendición Apostólica:

Las discordias y los errores del género humano en cuestiones religiosas han causado siempre profunda tristeza a los hombres de buena voluntad, y muy en especial a los verdaderos y leales hijos de la Iglesia, sobre todo en estos tiempos, en que contemplamos cómo se ataca desde todos los frentes a los principios fundamentales de la cultura cristiana.

No es de extrañar que tales discordias y errores hayan existido siempre fuera del rebaño de Cristo. En efecto, aunque en general la razón humana puede alcanzar por su propia facultad y con sus propias luces un conocimiento cierto y verdadero del Dios uno y personal que con su providencia cuida y gobierna al mundo, así como un conocimiento de la ley natural que el Creador ha escrito en nuestros corazones, no faltan, sin embargo, los obstáculos que impiden a la razón hacer un uso efectivo y fructuoso de su natural ingenio.

Insuficiencia del entendimiento humano para alcanzar algunas verdades.

Porque las verdades que se refieren a Dios y a las relaciones entre Dios y el hombre superan por completo el orden de los sentidos, y exigen al intelecto humano que se rinda y se sacrifique para que este conocimiento pueda ser puesto en práctica e influya en verdad en nuestras vidas cotidianas. Y debe tenerse muy en cuenta que la inteligencia del hombre, antes de alcanzar tal conocimiento, se ve perturbada por la actividad de los senti-

dos y por la imaginación, al par que por las pasiones malsanas que arrancan del pecado original. De aquí que los hombres se persuadan con facilidad a sí mismos de que es falso o al menos dudoso aquello que realmente no quieren aceptar ni creer.

Por esta razón principalísima debe considerarse moralmente necesaria la Divina Revelación, para que las verdades religiosas y morales —que por su naturaleza misma no es difícil descubrir a la razón—, dada la condición presente de la raza humana, puedan conocerse con firme certeza y libres de todo error.

Además, la inteligencia humana a veces tiene dificultades al formar juicio sobre la credibilidad de la fe católica, pese a los abundantes y maravillosos signos externos que Dios nos ha dado y que son suficientes para probar con certeza, a la simple luz de la razón natural, el origen divino de la religión cristiana; pues es del hombre rechazar y resistir, ya por el prejuicio y la pasión, ya por la mala fe, no sólo la evidencia de las pruebas externas existentes, sino aun la divina inspiración.

Principales errores.

Quienquiera examine la situación que reina fuera de la grey cristiana, descubrirá prontamente las principales corrientes del pensamiento que no pocos hombres de ciencia vienen siguiendo.

Evolucionismo exagerado.

Hay quienes imprudente e indiscretamente afirman que la evolución —una doctrina que todavía no ha sido plenamente probada, ni siquiera en el dominio de las ciencias naturales— explica el origen de todas las cosas, y con audacia inconcebible apoyan la opinión panteísta y monística de que el mundo está en continua evolución. Y los comunistas con re-

gocio aceptan la teoría porque saben que una vez que se priva a las almas de los hombres de toda idea de Dios, pueden ellos entonces predicar y propagar con mayor eficacia su materialismo dialéctico.

Filosofías erróneas.

Los ficticios postulados de la evolución que repudian todo lo absoluto, firme e inmutable, han abierto el camino a la nueva filosofía errónea que, cual reacción contra el idealismo, el immanentismo y el pragmatismo, ha tomado el nombre de existencialismo, ya que éste se preocupa nada más de la existencia de cosas individuales, y desprecia toda otra consideración a sus esencias inmutables.

Existe también fuera del mundo cristiano un cierto historicismo que sólo valora los sucesos de la vida del hombre, para en cambio quebrantar los fundamentos de toda verdad y ley absoluta cuando se trata de especulaciones filosóficas y en especial de los dogmas cristianos.

En medio de semejante confusión de opiniones es consolador, hasta cierto punto, el ver que algunos ex-discípulos del racionalismo desean hoy retornar a la fuente de la divina verdad, y reconocer y profesar la palabra de Dios, tal cual la enseñan las Sagradas Escrituras, como base de toda doctrina religiosa. Empero, es de lamentarse a la vez que no pocos, mientras más firmemente aceptan la palabra de Dios, en grado mayor menosprecian el valor de la razón humana, y mientras más exaltan la autoridad del Dios de la Revelación, con mayor severidad se burlan del magisterio de la Iglesia, instituida por Nuestro Señor Jesucristo precisamente para conservar e interpretar esa Divina Revelación.

Actitud semejante no sólo contradice por competo la Sagrada Escritura, sino que a la luz de la experiencia aparece plenamente falsa. Porque con frecuencia quienes disienten de la Verdadera Iglesia, se quejan abiertamente de los conflictos que reinan entre ellos en materia de dogma, y así se convierten, sin quererlo, en testimonio de la necesidad de que exista una autoridad viviente que enseñe.

Deber de los teólogos y filósofos católicos.

Ahora bien, los teólogos y filósofos católicos, cuyo grave deber consiste en defender la verdad natural y sobrenatural, e infundir esta verdad en los corazones de los hombres, no pueden de ninguna manera dejar pasar desapercibidas, ni des-

cuidar, estas opiniones más o menos erróneas. Muy por el contrario, deben en primer lugar estudiarlas y comprenderlas a fondo, porque a la enfermedad no se la puede tratar bien, si antes no se la diagnostica correctamente; en segundo lugar, porque algunas veces aun las falsas doctrinas contienen un cierto elemento de verdad, y finalmente, porque estas mismas teorías provocan una discusión más sutil y una evaluación más oportuna de las verdaderas filosóficas y teológicas.

Pero si los filósofos y teólogos autorizados del catolicismo tratan únicamente en sus estudios de sacar ventaja del cuidadoso examen de estas doctrinas, no hay razón ninguna para rechazar de plano la autoridad magisterial de la Iglesia. Sabemos, sí, que los pensadores católicos en general tratan de evitar esos errores; pero es evidente que hoy, como en los tiempos apostólicos, algunos de ellos, deseosos de novedades y temiendo que se les tenga por ignorantes frente a los últimos descubrimientos de la ciencia, tienden a apartarse de la sagrada autoridad de este magisterio y por lo mismo se colocan en el peligro de abandonar poco a poco la verdad revelada y de descarriar a otros con ellos en el error.

Eirenismo.

Existe otro peligro todavía más grave porque se oculta bajo la máscara de la virtud. Hay muchos que movidos por un celo precipitado y deplorando al mismo tiempo el desacuerdo entre los hombres y el desconcierto intelectual, se dejan inflamar del ardiente deseo de acabar con la barrera que divide entre sí a los hombres de bien, y predicán un "eirenismo" según el cual, poniendo bajo las diferencias que los separan, tratan no sólo de unificar fuerzas frente a los ataques del ateísmo, sino también de reconciliar las diferencias en el dogma.

Y del mismo modo que en los tiempos antiguos no faltaron quienes dudaran de si la apologética de la Iglesia constituía o nó un obstáculo antes que una ayuda en la empresa de ganar almas para Cristo, hoy no faltan tampoco quienes, poniendo en duda los métodos teológicos y la teología misma que se enseña en las instituciones de la Iglesia con la aprobación de las autoridades eclesiásticas, quisieran que tales métodos se perfeccionaran, o más aún, se reformaran por completo, para así promover, alegan, la propagación más eficaz del Reino de Cristo en el mundo entero entre gentes de toda cultura y de toda opinión religiosa.

No habría razón para alarmarse si es-

tos deseos persiguieran únicamente adaptar los métodos de enseñanza eclesiástica a las necesidades y exigencias de los tiempos modernos, implantando algún nuevo sistema.

Pero los más entusiastas de un "eirenismo" imprudente parecen encontrar un obstáculo a la restauración de la unión fraternal, en enseñanzas fundadas en las leyes y preceptos dados por Cristo, y por lo mismo en las instituciones por El establecidas, o que son la defensa y el apoyo de la integridad de la Fe; con lo cual al quitarlas, se acarrearía si la unión de todos, pero para su propia destrucción.

Estas noveles opiniones, ya se inspiren en un deseo reprensible de novedad, ya en un motivo laudable, no se predicán siempre en el mismo grado, la misma claridad o los mismos términos, como tampoco consta siempre el acuerdo unánime entre sus autores. Teorías que hoy son echadas al viento con más o menos disimulo y acompañadas de advertencias y distinciones, mañana son proclamadas abiertas e inmoderadamente por otros más audaces, hasta causar escándalo a muchos, en especial entre el clero joven, y para detrimento de la autoridad eclesiástica.

A la hora de publicar sus obras, usan de mayor cautela, pero son más francos en sus escritos destinados a la circulación privada, y en sus conferencias y prédicas. Todavía más, estas opiniones se difunden no solamente entre los miembros del clero regular y secular, y en los seminarios e instituciones religiosas, sino también entre los seglares, particularmente entre aquellos consagrados a la enseñanza de la juventud.

Y así en teología hay quienes desean reducir al mínimo el significado de los dogmas, y quitar al dogma mismo la terminología establecida desde antiguo por la Iglesia, y los conceptos filosóficos defendidos por las autoridades católicas, hasta volver en cambio a la explicación de la doctrina católica en la manera de hablar que usaban las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia.

Esperan quienes esto predicán, que cuando se quiten al dogma aquellos elementos que, según ellos, son extrínsecos a la Divina Revelación, entonces podría el dogma acercarse ventajosamente a las opiniones y creencias de quienes viven separados de la unidad de la Iglesia, y que de este modo se llegará gradualmente a la mutua asimilación del dogma católico con los postulados de los disidentes.

Acomodación indebida de la teología a las exigencias de la filosofía moderna.

Afirman, además, que cuando se reduzca la doctrina católica a esta condición, se habrá encontrado la manera de satisfacer las necesidades de nuestros tiempos en tal forma que permitirá expresar el dogma con los conceptos de la filosofía moderna, sea ésta el inmanentismo, el idealismo, el existencialismo o cualquier otro sistema. Y los más audaces afirman que esto puede y debe hacerse porque, alegan, los conceptos de la fe no pueden expresarse en conceptos verdaderamente adecuados, sino únicamente con nociones aproximadas y siempre cambiantes, que si bien expresan hasta cierto grado la verdad, necesariamente la enturbian.

De aquí que lejos de considerarlo absurdo, encuentran una necesidad el que la teología substituya los viejos conceptos por ideas nuevas más acordes con las diversas filosofías que usa en el curso de los tiempos, para así dar una expresión más humana a las verdades divinas con palabras tales que aunque parezcan opuestas (al significado primitivo) son en realidad equivalentes, como ellos dicen.

Desprecio de la teología tradicional.

Desgraciadamente estos abogados de la novedad pasan fácilmente del desprecio de la teología escolástica a la indiferencia y aún al desacato frente a la autoridad magisterial de la Iglesia, que ha venido prestando su autorizado apoyo a esa teología. Y llegan a considerar a esta autoridad magisterial como un impedimento al progreso y como obstáculo en el camino de las ciencias. Hay pensadores no católicos que consideran como una valla injusta esta situación, porque evita que los más autorizados teólogos reformen las tesis tradicionales.

Sin embargo, así como el sagrado oficio de maestra en materia de fe y moral que tiene la Iglesia debe ser el criterio próximo y universal para todos los teólogos al tratar de la verdad, ya que Cristo Nuestro Señor confió a la Iglesia el depósito entero de la fe —las Sagradas Escrituras y la tradición divina—, para que lo conserve, lo guarde y lo interprete; de igual manera los fieles tienen el deber de evitar aquellos errores que en mayor o menor grado se acerquen a la herejía y en consecuencia, de cumplir con las constituciones y decretos con que la Santa Sede prohíbe y proscribe tan

dañinas opiniones. Pero he aquí que este deber de los fieles apenas se conoce, como si no existiera.

Menosprecio de las enseñanzas de los Romanos Pontífices.

Hay algunos que premeditada y habitualmente desoyen las enseñanzas que los Romanos Pontífices imparten en sus cartas encíclicas; y en este desacato les anima la idea de alentar una vaga noción que dicen haber encontrado en los Padres de la Iglesia, especialmente entre los griegos.

Los Papas no quieren decir la última palabra en cuestiones que constituyen materia de disputa entre los teólogos, dicen, y por lo tanto debe encontrarse un recurso acudiendo a las fuentes primitivas, de donde es preciso buscar la explicación de las constituciones y decretos de la Iglesia en los escritos de los antiguos.

Pues bien, aunque todo esto está bien fraseado, no por ello se encuentra libre de error. Es cierto que los Papas por lo general dejan a los teólogos con libertad en aquellos temas que son objeto de respetable disputa; empero, la historia enseña, que muchas cuestiones que antaño fueron materia de discusión, no admiten hoy debate alguno.

Ni se crea tampoco que lo que se enseña en una carta encíclica no demanda de por sí el acato de los fieles, con el pretexto de que al escribir tales cartas los Papas no ejercen el poder supremo de su autoridad como maestros de la verdad. Porque ciertamente estas materias son impartidas con esa autoridad de enseñar que acompaña al papado, de la cual puede decirse: "Quien a vosotros oye, a mí me oye". Generalmente aun en los casos en que una encíclica trata de otros asuntos, las razones fundamentales invocadas nacen de la doctrina católica.

Y cuando el Supremo Pontífice falla en sus documentos oficiales con toda intención sobre una materia hasta el momento en disputa, es claro que la tal cuestión, según la mente y la voluntad del Papa, no puede ser considerada ya más como abierta a los debates de los teólogos.

Misión de la teología: mirar siempre a la Revelación.

Es también cierto que los teólogos deben siempre retornar a las fuentes de la Revelación Divina, ya que es su oficio el indicar cómo la doctrina de la autoridad de maestra viviente (que es la Iglesia) se encuentra explícita o implícitamente en las Escrituras y en la tradición. Además, cada fuente de la doctri-

na divinamente revelada contiene tan abundantes riquezas de verdad que difícilmente puede agotarse jamás.

Por eso la teología, gracias al estudio de sus fuentes sagradas, se conserva siempre fresca y lozana; y de la misma manera es estéril aquella especulación que pretende avanzar sin profundizar en el depósito de la fe, como lo hemos visto por experiencia.

Por estas razones no puede la teología, ni siquiera la teología positiva, compararse con la ciencia simplemente histórica; porque junto con las fuentes de la teología positiva Dios ha dado a su Iglesia de una viva autoridad magisterial para que enseñe y explique lo que el depósito de la fe contiene apenas en forma oscura e implícita.

El divino Redentor dió este depósito de la fe para su interpretación auténtica no a cada uno de los fieles, ni siquiera a los teólogos, sino únicamente a la magisterial autoridad de la Iglesia como tal.

Ahora bien, si es cierto que la Iglesia ejerce esta función de enseñar, como lo ha hecho tantas veces en el curso de los siglos, ya en forma ordinaria, ya en forma extraordinaria, es evidente cuán falso sería aquel sistema que intentara explicar lo que está claro, por medio de lo que es oscuro. En verdad debe emplearse precisamente lo contrario. De aquí que nuestro predecesor de inmortal memoria Pío IX, al enseñar que el oficio más noble de la teología consiste en demostrar cómo una doctrina definida por la Iglesia se encuentra ya en las fuentes de la Revelación, agregó estas sabias palabras: "en el sentido en que ha sido definida por la Iglesia".

Pero volvamos a las opiniones noveles que antes mencionábamos; sus heraldos proponen o sugieren varias cosas, algunas en abierta contradicción con la procedencia divina de las Sagradas Escrituras.

Falso sentido de las Escrituras.

Hay quienes llegan a pervertir el sentido de la definición del Concilio Vaticano cuando éste se refiere a Dios como autor de las Sagradas Escrituras; y proponen de nuevo la tesis, tantas veces condenada ya, de que solamente aquellas partes de la Biblia que hablan de Dios o de cuestiones religiosas y morales, se encuentran inmunes del error. Hablan incluso erradamente del "sentido humano" de las Escrituras, tras el cual queda como oculto, según dicen, el sentido divino, que es el único que tiene un significado infalible. Al interpretar las Escrituras, por lo mismo, no tendrán en cuenta para nada la ana-

logía de la fe ni la tradición de la Iglesia.

De esta manera juzgan a la doctrina de los Santos Padres y de la Iglesia docente bajo las normas de una Sagrada Escritura interpretada por exégesis de la simple razón humana, en lugar de explicar la Sagrada Escritura de acuerdo con la mente de la Iglesia, a la que Cristo Nuestro Señor ha establecido como custodia e intérprete del depósito íntegro de la verdad divinamente revelada.

Más aun, siguiendo sus opiniones ficticias, quieren someter a una nueva exégesis —a la que les place llamar simbólica o espiritual— el sentido literal de las Sagradas Escrituras y su interpretación cuidadosamente elaborada bajo la vigilancia de la Iglesia por tantos exegetas notables. De manera que, según esa nueva exégesis, el Antiguo Testamento, que hoy es un libro sellado en la Iglesia, sería abierto y entregado a los fieles; y con ese método, añaden, todas las dificultades desaparecerían, dificultades propias sólo de quienes se adhieren estrictamente al sentido literal de las Escrituras.

Quienquiera examine estas tendencias podrá comprender cuán ajenas son a los principios y normas de hermeneútica tan sabiamente señalados por nuestros predecesores de feliz memoria, León XIII en su encíclica *Providentissimus* y Benedicto XV en su encíclica *Spiritus Paraclitus*, y que Nos mismo apuntamos también en la encíclica *Divino Aflante Spiritu*.

Fatales consecuencias de estas novedades.

No es de sorprender, pues, que novele-rías de esta clase hayan producido ya su fruto mortal en casi todas las ramas de la teología. Así se duda ahora de que la humana razón sola, sin la Revelación Divina ni la ayuda de la Gracia, pueda, mediante argumentos deducidos del universo creado, descubrir y comprender la existencia de un Dios personal; se niega que el mundo tuvo principio; se arguye que la creación del universo fuera cosa necesaria, ya que procede de la necesaria largueza del divino amor; se niega que Dios tenga un conocimiento previo, eterno e infalible de las acciones dictadas por el libre albedrío del hombre; y todo esto se afirma en abierta contradicción con los decretos del Concilio Vaticano.

Hay quienes también ponen en duda que los ángeles sean seres personales, y que materia y espíritu son esencialmente diferentes. Otros destruyen la gratitud del orden sobrenatural alegando que Dios no puede crear seres intelectuales sin ordenarlos a la visión beatífica ni llamarlos a ella.

Y no paran aquí esas opiniones. En franco desprecio del Concilio de Trento, algunos anulan el concepto mismo del pecado original, junto con el concepto de todo pecado como una ofensa contra Dios, y, por ende, rechazan la idea de la satisfacción y expiación que en nuestro nombre consumó Jesucristo. Hasta hay quienes dicen que la doctrina de la transubstanciación, como si fuera fundada en una anticuada noción filosófica de la substancia, debería modificarse de tal manera que la real presencia de Cristo en la Sagrada Eucaristía quede reducida a un cierto simbolismo, según el cual las Especies Consagradas serían simplemente signos eficaces de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los fieles miembros de su Cuerpo Místico.

Al respecto, no faltan quienes se proclaman libres de la doctrina —explicada en nuestra carta encíclica de hace pocos años y fundada en las fuentes de la Revelación— que enseña que el Cuerpo Místico de Cristo y la Iglesia Católica Romana son una y misma cosa.

Algunos reducen a una fórmula sin sentido la necesidad de pertenecer a la verdadera Iglesia como requisito para la salvación; otros finalmente menosprecian el carácter racional de la credibilidad de la fe cristiana.

Errores como éstos y otros semejantes se han adueñado, es evidente, de algunos de nuestros hijos engañados de un celo imprudente por las almas o por unaseudociencia. Con pena Nos sentimos obligados a repetirles una vez más las verdades bien sabidas ya de todos, y señalar con solicitud paternal los claros errores y los peligros del error.

Excelencia de la razón humana y de la filosofía.

Es bien sabido en que alta estima tiene la Iglesia a la razón humana, porque a esta razón toca demostrar con certeza la existencia de Dios, uno y personal; probar, desvaneciendo toda duda, los fundamentos mismos de la fe cristiana tal cual se muestra en los signos divinos; expresar con palabras adecuadas la ley que el Creador ha estampado en los corazones de los hombres, y finalmente alcanzar una noción, ciertamente muy fecunda, de los misterios de la religión.

Pero la razón solamente puede desempeñar estas funciones cuando se la educa y ejercita debidamente. Esto es, cuando está imbuida de esa filosofía sana que desde antaño ha sido el patrimonio, por decirlo así, transmitido por las primeras edades del cristianismo, y que además

posee una autoridad de orden más noble aún, cual es la autoridad que le presta la Iglesia, que, iluminada con la luz de la Divina Revelación, ha ponderado y estudiado los principios fundamentales de esa filosofía elaborada y definida poco a poco por hombres de brillante genio. Porque esta filosofía, reconocida y aceptada por la Iglesia, protege la genuina validez del conocimiento humano, los principios irreductibles de la razón suficiente, la causalidad y la finalidad y, por último, la facultad de la mente para aprehender la verdad cierta e inmutable.

Desde luego esta filosofía se ocupa de muchas cosas que ni directa ni indirectamente tienen que ver con la fe y la moral, y que en consecuencia la Iglesia deja a la libre discusión de los sabios. Pero este aserto no se aplica a muchos otros principios filosóficos, especialmente a aquellos postulados básicos que acabamos de mencionar. Es cierto que aun en cuestiones fundamentales podemos revestir nuestra filosofía con términos más convenientes y ricos, renovar su vigor con una terminología más efectiva, abandonar ciertas formas escolásticas auxiliares menos útiles por experiencia, enriquecerla prudentemente con los frutos del progreso de la mente humana; pero jamás arrojarla al vacío o contaminarla con principios falsos, o considerarla como una reliquia grandiosa, sí, pero pasada de moda. Porque la verdad y su expresión filosófica no pueden cambiar día a día, mucho menos cuando se trata de principios evidentes de la mente humana, o de cuestiones que encuentran su apoyo en la sabiduría de las edades y en la Divina Revelación.

La verdad es una.

Ninguna verdad nueva que una mente sincera descubra puede ciertamente oponerse a la verdad ya adquirida, porque Dios, la Suma Verdad, ha creado la inteligencia del hombre y la guía constantemente, no para que cada día oponga nuevas verdades a las de suyo firmemente establecidas, sino para que, habiendo eliminado los errores que puedan haberse infiltrado en el conocimiento de la humanidad, pueda levantar verdad sobre verdad en el mismo orden y estructura que existe en la realidad, fuente de la verdad.

Que ningún cristiano, pues, filósofo o teólogo, abrace impaciente o ligeramente las novedades que aparecen día a día, sino que más bien las pondere con extremo cuidado y con juicio ecuánime, a fin de que no pierda o corrompa la verdad que ya posee y no amenace con grave peligro y daño a su fe.

Philosophia perennis.

Si se considera con atención todo lo dicho, puede comprenderse fácilmente por qué la Iglesia exige que los futuros sacerdotes sean instruidos en la filosofía "de acuerdo con el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico", ya que como muy bien nos ha enseñado la experiencia de los siglos, el método de Tomás de Aquino es singularmente eficaz, tanto para la enseñanza de los estudiantes, como para hacer resplandecer a la verdad; su doctrina está en armonía con la Divina Revelación, y es la más efectiva para salvar a la vez los fundamentos de la Fe y para cosechar, segura y útilmente, los frutos de un sano progreso.

Cuán de lamentar es entonces que esta filosofía, recibida y honrada por la Iglesia, sea blanco de las burlas de quienes sin recato alguno la llaman anticuada en la forma, y racionalista, como dicen, en su método de pensamiento.

Llegan incluso a afirmar que esta filosofía tradicional sostiene la errada noción de que es posible que exista una metafísica que sea absolutamente verdadera; cuando de hecho, agregan, la realidad, y en especial la realidad trascendente, no se puede expresar mejor que por medio de diferentes proposiciones que se completan mutuamente, aun cuando en cierto modo se opongan recíprocamente.

Nuestra filosofía tradicional, con su exposición clara de las cuestiones y su solución correspondiente, su exacta definición de los términos, sus distinciones meridianas, puede ser, conceden estos renovadores, bastante útil como una preparación para la teología escolástica muy a la medida de los tiempos medioevales; pero semejante filosofía, alegan, difícilmente ofrece un método de razonamiento adecuado a las necesidades de nuestra moderna cultura; y añaden, finalmente, que nuestra filosofía perenne es tan sólo una filosofía de las esencias inmutables, al paso que la mentalidad contemporánea debe buscar la existencia de las cosas y la vida, siempre cambiantes.

Y al paso que ofenden a nuestra filosofía, exaltan en cambio otros sistemas de toda clase, antiguos y modernos, orientales y occidentales, dando a entender, según parece, que cualquier filosofía o teoría filosófica, arreglada con unas cuantas correcciones y adiciones si fuese necesario, puede reconciliarse con el dogma católico. Pero no hay fiel hijo de la Iglesia que ponga en duda por un momento la falsedad de semejantes afirmaciones, especialmente cuando se trata de teorías tan artificiosas como las llamadas inmanen-

tismo, idealismo o materialismo, sea histórico o dialéctico, y aun el existencialismo, sea éste ateo, o trate de negar simplemente la validez de la razón en el campo de la metafísica.

La filosofía cristiana no sólo tiene en cuenta el entendimiento.

Por último, tienen para la filosofía que se enseña en nuestras escuelas el reproche de que al estudiar el proceso cognoscitivo sólo atiende al intelecto, al paso que descuida la función de la voluntad y de las emociones. Pero no es esto cierto, porque jamás la filosofía cristiana ha negado la utilidad y la eficacia de las buenas disposiciones del alma para percibir y abrazar las verdades religiosas y morales.

De hecho siempre ha enseñado la Iglesia que la falta de esta disposición de la buena voluntad puede ser razón para que la inteligencia, cegada por las pasiones y movida por las malas inclinaciones, llegue a nublarse al punto de no ver con claridad. Ciertamente Santo Tomás enseña que el intelecto puede en cierto modo percibir los valores más elevados del orden moral, ya sea natural o sobrenatural, en cuanto experimenta una cierta "connaturalidad" —sea esta puramente natural, sea el resultado de la Gracia—, y es evidente cómo esta percepción, aunque un tanto vaga, puede ayudar a la razón en sus investigaciones.

Posiciones falsas de la filosofía.

Sin embargo, una cosa es aceptar el poder de las disposiciones de la voluntad como auxiliar de la razón para que ésta adquiera un conocimiento más cierto y firme de las verdades morales; y otra enteramente distinta es afirmar —como lo hacen estos innovadores al confundir sin distingos el acto cognoscitivo y el acto volitivo (del conocimiento y de la voluntad)— que las facultades apetitivas y las afectivas tienen de sí cierto poder de entendimiento, y que el hombre, ya que no puede con el uso de su razón decidir con certeza cuál es la verdad ni qué ha de aceptar como tal, recurre entonces a su voluntad, con la cual libremente escoge entre varias opiniones opuestas una determinada.

Ataques a la ética y teodicea.

No sorprende que estas nuevas y peregrinas opiniones pongan en peligro dos ciencias filosóficas que por su misma naturaleza se encuentran íntimamente relacionadas con la doctrina de la Fe: hablamos de la teodicea y de la ética; pues

bien, los innovadores sostienen que la función de estas dos ciencias no es probar con certeza los atributos de Dios o de ningún otro ser trascendental, sino más bien demostrar que las verdades que la Fe enseña acerca de un Dios personal y de sus mandamientos y preceptos son perfectamente consecuentes con las necesidades de la vida, y por lo tanto deben ser aceptadas por todos para evitar la desesperación y alcanzar en cambio la eterna salvación.

Pero todas estas afirmaciones y pareceres están en abierta contradicción con los documentos de nuestros predecesores Leon XIII y Pío X, y no pueden conciliarse con los decretos del Concilio Vaticano.

Sería ciertamente innecesario deplorar estas aberraciones contra la verdad si todos, aun en el campo de la filosofía, dirigiesen su atención con debida reverencia a la autoridad del magisterio de la Iglesia, que por institución divina tiene la misión, no solamente de guardar e interpretar el depósito de la verdad por Dios revelada, sino, además, la de mantener su vigilancia sobre las ciencias filosóficas mismas, para que así los dogmas católicos no vayan a sufrir detrimento por culpa de equivocadas opiniones.

Las ciencias relacionadas con verdades de la fe cristiana.

Réstanos por fin referirnos a aquellas cuestiones que, aunque son parte de las ciencias positivas, se encuentran sin embargo relacionadas en mayor o menor grado con las verdades de la fe cristiana. De hecho no son pocos los que insistentemente piden que la religión católica tenga en cuenta a estas ciencias lo más posible.

Y esta exigencia sería digna de encomio en el caso de hechos ampliamente probados; pero cuando se trata más bien de un caso de hipótesis que tiene visos de fundamento científico y que afecta a la doctrina contenida en las Sagradas Escrituras o en la Tradición, debe usarse de toda cautela. Y si tales opiniones que no pasan de conjetura se oponen directa o indirectamente a la doctrina revelada por Dios, entonces no puede aceptarse de ninguna manera la demanda de que sean reconocidas como válidas.

Por todas razones la Iglesia, con su autoridad de maestra, no prohíbe que, en conformidad con el presente estado de las ciencias humanas y de la sagrada teología, hombres experimentados en ambos campos lleven al cabo investigaciones y sostengan debates sobre la doctrina de la

evolución en cuanto ésta escudriña el origen del cuerpo humano, como si procediese de una materia viviente y pre-existente, porque la fe católica nos obliga a sostener que las almas son creadas por un acto inmediato y especial de Dios. Con todo, estos debates e investigaciones deben hacerse de tal manera, que se ponderen con toda la necesaria seriedad, moderación y medida, tanto las opiniones en favor de la evolución como las contrarias, y que estén todos dispuestos a someterse al juicio definitivo de la Iglesia, a la que Cristo dió la misión de interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras y de defender los dogmas de la fe.

Origen del hombre.

Empero hay algunos que transgreden gravemente esta libertad de discusión cuando hablan como si el origen del cuerpo humano, formado de una materia viviente y preexistente, fuese una cuestión definitivamente cierta y probada por hechos apenas ahora descubiertos, y sacan deducciones de tales hechos como si en las fuentes de la revelación divina no hubiese cosa alguna que demande la mayor mesura y el cuidado más grande cuando de estas cosas se trata.

Hay, con todo, una cuestión que no pasa de ser una opinión y una conjetura, que no se permite a los hijos de la Iglesia de ninguna manera debatir libremente: el poligenismo; porque los fieles no pueden abrazar teorías que afirman que además de Adán existieron en esta tierra verdaderos hombres que no tuvieron su origen en él, es decir, que no fueron engendrados por él como padre primero de todos; o que Adán simplemente representa a un cierto número de primeros padres. He aquí que no hay manera aparente de conciliar semejantes asertos con lo que afirman las fuentes de la verdad revelada y lo que los documentos de la autoridad magisterial de la Iglesia proponen con respecto al pecado original, que nace de un pecado realmente cometido por un individuo, Adán, y que, por la generación natural, es heredado por todos y a cada uno pertenece.

Así como hay quienes en forma audaz traspasan en las ciencias biológicas y antropológicas los límites y garantías establecidas por la Iglesia, los hay también en las ciencias históricas.

Los libros históricos del Antiguo Testamento.

Es de lamentar también, en particular, una cierta interpretación excesivamente libre de los libros históricos del Antiguo

Testamento. Quienes favorecen esta libre interpretación se apoyan equivocadamente al defender su causa en una carta que la Comisión Pontificia de Estudios Bíblicos envió no hace mucho al Arzobispo de París. En realidad esta carta observa claramente que los primeros once capítulos del Génesis, aunque no se conformen propiamente hablando con el método histórico empleado por los escritores griegos y latinos, o por los autores competentes de nuestra época, pertenecen, sin embargo, a la historia en aquel sentido verdadero que toca a los exegetas estudiar y determinar mejor; esos mismos capítulos establecen, en un lenguaje simple y metafórico adaptado a la mentalidad de un pueblo poco cultivado, las verdades principales que son básicas para nuestra salvación, y dan además una descripción popular del origen del linaje humano y del pueblo escogido. Si, con todo, los antiguos escritores sagrados tomaron elementos de las narraciones populares (y esto puede concederse), jamás debe olvidarse que ellos lo hicieron así con la ayuda de la inspiración divina que les hacía inmunes de todo error al seleccionar y evaluar los sucesos que escogieron.

Por lo cual ningún elemento de las narraciones populares que haya sido incorporado en las Sagradas Escrituras puede considerarse a la par de los mitos y otras imágenes narrativas, que son más el producto de una imaginación extravagante que del deseo de alcanzar la verdad y la simplicidad que caracteriza a los Libros Sagrados—incluso al Antiguo Testamento— en grado tal, que es preciso reconocer que nuestros antiguos escritores sagrados fueron evidentemente superiores a los escritores profanos de su tiempo.

No se crea que desconocemos el hecho de que una mayoría de doctores católicos, cuyos estudios producen frutos abundantes en universidades, seminarios y colegios de religiosos, se encuentra alejada plenamente de estos errores que hoy, unidos a un deseo de novedad, o a un celo inmoderado por el apostolado, se difunden ya abierta, ya ocultamente. Pero no ignoramos tampoco que tales opiniones descarriadas pueden seducir a los incautos; y por lo mismo preferimos detenerlas a su principio mismo en lugar de tener que administrar la medicina después de que la enfermedad se haya tornado endémica.

Exhortación final:

A la vigilancia de los superiores, y a la prudencia y cautela ante las novedades.

Por este motivo, y después de madura

reflexión y consideración, puestos en la presencia de Dios, y para no faltar a nuestro sagrado deber, encargamos a los Obispos y a los Superiores Generales de las Ordenes Religiosas, obligándoles gravemente en conciencia, que empleen el más diligente cuidado para que tales opiniones no se difundan en las escuelas, ni se propaguen en conferencias o escritos de cualquier clase, y que de ninguna manera se enseñen ni al clero ni a los fieles.

Que los profesores de las instituciones eclesiásticas sepan y entiendan que no pueden ejercer con la conciencia tranquila el oficio de enseñar que se les confiara, a menos que acaten religiosamente y observen con exactitud las normas que para la instrucción de sus estudiantes hemos dictado. Que infundan en las mentes y en los corazones de sus discípulos aquella reverencia y sumisión debidas en sus trabajos continuos a la autoridad magistral de la Iglesia. Que procuren con todas sus fuerzas y en todas ocasiones promover el progreso de las ciencias que enseñan; pero que también sean cuidadosos en no traspasar los límites que hemos es-

tablecido para la protección de la verdad de la doctrina y de la fe católicas.

Con respecto a las cuestiones nuevas que la cultura y el progreso modernos han traído al primer plano, que estos profesores se empeñen en la investigación más cuidadosa, pero armados de la prudencia y la cautela necesarias; finalmente, que no piensen, solazándose en un falso "eirenismo", que los disidentes y los que yerran pueden volver felizmente al seno de la Iglesia, si no se enseña sinceramente a todos la verdad íntegra, sin corrupción ni disminución, tal como se encuentra en la Iglesia.

Confiados en esta esperanza, que será aumentada por vuestro celo pastoral, os impartimos como prenda de los dones celestiales y como símbolo de nuestra paternal benevolencia, con todo nuestro corazón a todos y cada uno de vosotros, venerables hermanos, a vuestro clero y a vuestro pueblo, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma en San Pedro, el 12 de Agosto de 1950, al duodécimo año de nuestro pontificado.

Pío PP. XII.

